

POLISEMIA Y PARADOJAS DEL NACIONALISMO

Por ANDER GURRUTXAGA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA CREENCIA NACIONAL.—2. LA CONTINUIDAD DEL FENÓMENO NACIONALISTA.—3. LA RACIONALIDAD DEL NACIONALISMO.—4. LAS CAUTELAS DEL NACIONALISMO.—5. LA CRÍTICA DE LAS DOCTRINAS NACIONALISTAS.—CONCLUSIÓN: LA REESTRUCTURACIÓN SOCIONACIONAL

INTRODUCCION

El nacionalismo es un hecho recurrente en todos los análisis sociales. Como fenómeno colectivo es un producto del orden social que hizo su aparición en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, a la vez que se forma la economía industrial, la interpretación científica racional del mundo y la política burocratizada personificada en el Estado nacional.

Las olas del nacionalismo demuestran desde sus orígenes un *continuum* en la expresión de este movimiento. Su presencia es clara no sólo en los países europeos, sino en todos los procesos de descolonización de las sociedades periféricas y también en las periferias de los Estados-Nación ya constituidos. En todas estas situaciones, tan distintas entre sí, se aúnan dos tipos de problemas; por una parte, el descontento colectivo provocado por dificultades económica, cultural, política o religiosa y por otra parte una base étnica diferencial. La interrelación de ambas crean la base objetiva del conflicto.

Para los analistas del fenómeno, éste está ligado al surgimiento de la modernidad y sólo las presiones de la modernización explican su trascendental importancia.

No cabe la menor duda que la realidad nacionalista encierra definiciones complejas y sutiles. Digo complejas porque la interpretación del nacionalismo plantea tres problemas básicos del hecho en sí. En primer lugar, el valor polisémico del fenómeno. La primera pregunta que cabe hacerse cuando analizamos este tipo de

fenómenos es de que estamos tratando cuando tratamos de nacionalismo. Por supuesto, la polisemia no añade en absoluto claridad al análisis. Una segunda observación tiene que ver con la leyenda negra del nacionalismo, la historia, a veces tan peculiar, del fenómeno y la sutileza de estos discursos lleva a creer que el nacionalismo es hostil a los valores modernos y responde con reacciones atávicas e irracionales. Hay una tercera perspectiva que cabe resaltar. El nacionalismo define un cuadro amplio de paradojas. Mira al pasado, al presente y al futuro a la vez; habla indistintamente desde los sentimientos primordiales o desde los sentimientos civiles: acepta las perspectivas instrumentalista o primordialista y, esto, en muchos casos le «obliga» a definirse desde la incongruencia.

Los cambios estructurales que han tenido lugar en las últimas décadas en el mundo occidental lleva a que desde determinadas posiciones se cuestione la validez de este tipo de fenómenos. Así, por ejemplo, el patriotismo constitucional de Habermas «disuelve» los objetivos particularistas contenidos en las proclamas nacionalistas en una imprecisa formulación de principios que enlaza con la vieja pretensión ilustrada-democrática de universalización de los valores de libertad e igualdad. El nacionalismo quedaría para esta perspectiva «superado» en una identidad postnacional que universaliza los valores democráticos y los transforma en rango dominante por encima de los particularismos. Para otros críticos, la evolución del mundo apunta a la superación del Estado-Nación como el vector más importante del desarrollo histórico. El futuro, dirán, ya no cabe en los límites de la naciones y los Estados-Nación. El nacionalismo seguirá estando presente en la historia pero interpretando papeles subordinados y a menudo insignificantes.

La idea central que sostengo en este artículo es que el futuro del nacionalismo es el de la propia sociedad que lo sostiene. El proceso de reestructuración interna que vive Europa en la actualidad (crisis del Imperio Soviético, construcción europea, etcétera), vuelve a enfrentarnos con las paradojas de los procesos nacionalitarios y con su polisemia. Los fenómenos nacionalistas actuales proclaman un hecho central; el nacionalismo está influenciado por la situación estructural de las sociedades donde se representa. Allí donde al descontento por las condiciones de la vida (sean económica, política o de cualquier otra índole) se le asocia una base objetiva de identidad étnica, el nacionalismo acaba constituyéndose como expresión social y como aspiración política. Todas las fórmulas previstas para integrar o disolver el conflicto fracasan cuando no actúan en el lado estructural que alimenta y reproduce el conflicto y en la construcción de marcos social, político o cultural que expresan la diferencialidad.

Los nacionalismos, a pesar de su polisemia, de sus paradojas o de su leyenda negra, tiene siempre explicación; nacen y se desarrollan allí donde razones estructurales se unen a déficit en la expresión pública de la diferencialidad étnica. De aquí, la complejidad de su tratamiento y la necesidad casi siempre de consensuar reglas de juego que reproduzcan un nuevo contrato social entre la sociedad antagonica y el movimiento nacionalista.

I. LA CONSTRUCCION DE LA CREENCIA NACIONAL

El mundo moderno articula su particular individualidad colectiva en clave nacional. El proceso de civilización (1) «termina» con la construcción de un centro, pero éste «es un fenómeno del reino de los valores y las creencias. Es el centro del orden de símbolos, de valores y creencias, que gobiernan la sociedad (...) participa de la naturaleza de lo sagrado (...). Es una estructura de actividades, de papeles y de personas dentro de la red de instrucciones. Es en esos papeles donde los valores y creencias que son centrales están encarnados y presentes» (2). La producción del centro supone la creación de un entramado político capaz de «proteger» esa zona y la construcción de mecanismos y vehículos para transportar creencias, valores, símbolos y generar con las pertinentes instituciones, paradigmas interpretativos capaces de organizar la sociedad y presentar a los individuos que viven en ese territorio tal realidad como una evidencia donde «cada cosa tiene su lugar y hay un lugar para cada cosa». Dotar a los individuos de una pauta cultural de vida grupal (3) es la pretensión de «todas» las sociedades modernas.

En estas condiciones, la compleja sociedad moderna requiere comprenderse como unidad, como totalidad dentro del orden de seguridad provisto de sentido. De aquí la pretensión de que la sociedad sea en sí misma sociedad comunitaria, atravesada por solidaridades grupales, que no sólo crean una disciplina moral (4) sino criterios de adscripción al grupo de referencia respectivo (5). El problema es que aquí se plantea la búsqueda de los valores compartidos para todos los que se sienten miembros del grupo y articulan sistemas de creencias comunes.

Llegados a este punto me gustaría resaltar que «el nuevo principio moderno de articulación simbólico grupal es la realidad nacional, es decir, el discurso nacional cierra el orden de seguridad moderno y anuncia la creencia en la sociedad comunitaria protegida por el Estado» (6). La existencia de la nación asegura la idea de comunidad moderna, o mejor aún, la sociedad nacional que se pretende comunitaria. Desde aquí se puede leer como comunidad nacional, es decir, referida a un marco territorial; el espacio nacional estatalmente definido.

Esta «operación» implica la construcción de un sentimiento de pertenencia a una comunidad, necesariamente abstracta; a su vez, requiere un impulso por parte del poder político, éste se concreta en la producción de una cultura estandarizada que vehicule el nuevo sentido de identificación y de pertenencia. El objetivo perseguido es que la sociedad nacional, compleja y diferenciada internamente, se transforme en

(1) N. ELIAS: *El Proceso de Civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

(2) E. A. SHILS: *The Constitution of Society*, The University of Chicago Press, 1972, pág. 93.

(3) A. SCHUTZ: *Estudios de Teoría Social*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.

(4) E. DURKHEIM: *Educación como Socialización*, Sigueme, Salamanca, 1976.

(5) R. K. MERTON: *Teoría y Estructura Social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

(6) A. GURRUTXAGA: «La problemática realidad del Estado y de la Nación», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 49, enero-mayo, 1990, pág. 106.

comunidad, es decir que no sea simplemente la suma estadística de individuos atomizados y desarraigados por el progresivo proceso de disolución de los particularismos y de las formas de vida tradicionales. Lo que este proceso provoca es que la identificación comunitaria no descansa sobre las viejas garantías tradicionales ni sobre el localismo de las formas de vida, vaciadas por el poder de disolución de los vínculos instrumentales, sino sobre la conciencia de pertenencia.

El cierre moderno no es sino la forma peculiar como la sociedad se enfrenta al problema de su identificación como tal y cómo articula las diferencias en la conciencia de unidad. Esta expresa la común pertenencia a la comunidad de rango superior: la Nación. La fraccionada sociedad moderna encuentra en el discurso nacional la posibilidad de pensar la sociedad como un todo. La Nación opera socialmente como el vínculo de la identidad posible y como el mecanismo central de integración sociosimbólica. Si los lazos tradicionales están en trance de desaparición es porque la Gessellschaft ocupa y transforma los espacios sociales tradicionales. Y la Nación opera como el sustituto ideal y el motivo para la identificación y la adscripción al todo social.

La Nación se presenta como la imagen dominante que corresponde a la comunidad político-territorial que es el Estado Moderno; es la representación colectiva del yo social, del agregado social de los que habitan y de los que pertenecen a la comunidad (sociedad) nacional. Esta sociedad está protegida por el Estado y los connacionales (7) lo que tienen en común es la pertenencia al colectivo. La conclusión de este proceso, cuando tiene éxito social, es que el vínculo nacional se transforma, en condiciones modernas, en el vínculo de la fraternidad colectiva.

Cuando el éxito acompaña a esta empresa, la idea de comunidad moderna, como idea de sociedad nacional, integrada por individuos transformados en ciudadanos adscritos e identificados a la conciencia del Nosotros, persigue una originaria pretensión: la nacionalización del Estado, es decir, provoca el olvido de los particularismos y sentimientos primordiales o al menos, como dice Geertz, permite que uno continúe pretendiendo el reconocimiento público de su existencia e importancia desde el punto de vista de los familiares símbolos de la unicidad del grupo, en tanto que al mismo tiempo se ve uno cada vez más atraído a una sociedad política forjada en un molde enteramente diferente del de la comunidad «natural» que esos símbolos definen» (8).

En el discurso nacional estatal dominante, la disolución de las diferencias se presenta como el producto deseado de la evolución natural o dicho de manera gráfica, es el «sino de los tiempos», es el producto de la evolución histórica. De esta manera, se crea el nuevo sentido de la pertenencia y de la solidaridad grupal, la conciencia del Nosotros se amplía y la creencia en el dosel nacional se transforma en el centro simbólico de la sociedad.

(7) A. GURRUTXAGA: *La Refundación del Nacionalismo Vasco*. Universidad del País Vasco, Leioa, 1990.

(8) C. GEERTZ: *La Interpretación de las Culturas*. Gedisa, Barcelona, 1987, pág. 259.

El objetivo es que la idea de fraternidad comunitaria unifique las partes diferentes del territorio y dote a los individuos que habitan el espacio estatal, de pautas sociales comunes y homogéneas.

En todos los casos la construcción de la Nación (9) es también la construcción de la cultura nacional (10) que vehicula los nuevos sentimientos primordiales (11) y el intrincado entramado de las señales y de los signos de identificación, así como el conjunto de los mecanismos de integración y de las estructuras de comunicación. Es la creación de la lengua nacional, de un nuevo alfabeto, de la reinención de la historia que se pretende historia de la nación, de nuevos marcos económicos, de principios de articulación de la sociedad civil, etc.

En estos casos la idea de nación funciona como una creencia (12); creencia en la unidad del grupo y en su indisolubilidad, creencia en que una simple llamada a la unidad disuelve los enemigos potenciales (externos e internos). De aquí la importancia que adquiere la iniciación (educación) en las creencias comunitarias, en los valores y en el carácter sagrado de éstas (13).

En el Estado Moderno, la iniciación comunitaria nacional es un significativo proceso de integración (14). La socialización nacional «enseña a las nuevas generaciones lo que es el “amor a la patria”, a “su” lengua, etc.». Este aprendizaje no es tan sólo un ritual sino que es el aprendizaje de lo que es formar parte de un grupo, identificado territorialmente con las fronteras estatales y protegido, como tal grupo, por el Estado. Estos hábitos comunitarios modernos se articulan en símbolos que, por una parte, presentan a la comunidad como evidencia social y, por otra, reproducen la necesidad “natural” de mantener unido al grupo. Sin esta base comunitaria la sociedad es el reino del terror, la guerra de todos contra todos (15). Como expresa Durkheim, los hombres sólo tienen necesidad de paz en la medida en que ya están unidos por algún lazo de sociabilidad (16). De aquí la llamada continuada a la fuerza consensual e integradora de la nación triunfante, porque ninguna comunidad perdura sólo apelando a su legitimidad originaria o simbólica. Aquella comunidad que quiere perpetuarse necesita dotarse de instrumentos políticos y de poder coercitivo, ya que perviva no depende, en exclusiva, de la capacidad que tenga para exponer o para dar argumentos.

Quien ha entendido muy bien esta fórmula es el Estado. Ocurre que, en muchos casos, la comunidad política que él crea resulta tan evidente que no necesita acudir a argumentos más contundentes; basta una llamada a la unidad nacional para que la pretensión contestataria sea desoída.

(9) E. J. HOBSBAWM: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991.

(10) E. GELLNER: *Naciones y Nacionalismo*. Alianza, Madrid, 1988.

(11) C. GEERTZ: *La interpretación de las Culturas*, op. cit., pág. 250.

(12) C. HAYES: *El Nacionalismo. una Religión*, UTEHA, México, 1966.

(13) J. J. ROUSSEAU: *El Contrato Social*. Alianza, Madrid, 1981.

(14) M. MAUSS: «Lo sagrado y lo Profano», *Obras I*. Barral, Barcelona, 1970.

(15) T. HOBBS: *Leviathan*. Editora Nacional, Madrid, 1984.

(16) E. DURKHEIM: *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*. Akal, Madrid, 1983.

Así, si la integración nacional tiene éxito social el recurso al nacionalismo es una evidencia social. No se cuestionan ni su empleo ni su utilidad. La simple pertenencia es un símbolo integrador, éste traduce la red de signos, señales y símbolos, mediante las que los individuos se transforman en ciudadanos nacionales con un fuerte sentimiento de pertenencia y con necesidad de creer en la unidad y en la cohesión de la nación. Cuando estas circunstancias se dan, el nacionalismo es un hábito, es el recurso que protege la identidad colectiva y explica a los individuos qué y quiénes somos, contra qué o quién estamos, etc. Obvio es decirlo que en estos casos, la nación y la comunidad política son una realidad incuestionable, evidente y sin fisuras.

Todos los Estados modernos generan una u otra forma de nacionalismo así como una lógica política donde el Estado es el máximo valor. Todo lo demás queda supeditado a este principio. En realidad, el discurso nacional evidente —con éxito social— se refiere al discurso estatal.

De esta forma es como la Nación del Estado Moderno proporciona el sistema de lealtades y el marco valorativo. El discurso nacional evidente se refiere al discurso estatal sobre la realidad, en tanto en cuanto la referencia nacionalista nunca es avalorativa, sino que parte de una toma de postura, su *a priori* fundacional; la sacralización del Estado.

La identidad nacional cierra los límites sociales y expone que la modernidad y la lógica política estatal son realidades irrenunciables. Incluso el conflicto nacional, en el interior de los Estados ya constituidos, desgrana esta lógica política, aunque tenga o aspire a construir un ámbito territorial distinto, pero en todos los casos la persecución del Estado y del poder político propio se erigen como los valores primordiales supremos.

El conflicto nacional entre el centro y la periferia, se funda en múltiples procesos sociohistóricos que crean la lógica de la diferencialidad (17). Esta lógica se organiza desde una estructura de comunicación en cuyo interior se crean los mecanismos de integración que permiten a todos los individuos adscribirse e identificarse con la relación exclusiva Nosotros frente a los Otros y, de esta forma, reproducen los límites sociales desde los que pueden pensar su respectiva realidad como referencia diferencial. Si quiere persistir, la Nación de la lógica periférica requiere construir el espacio minoritario en el interior del Estado-Nación, ya que la lógica de éste es uniformizadora. Esto significa que el Estado para mantener intacta la estructura de plausibilidad necesita legitimar la realidad presentando lo que ocurre en el interior del territorio que controla como el producto de la sucesión natural de las cosas. Ahora bien, si la minoría crea el sentimiento de periferia y desea un espacio público para sus iniciativas, la forma de mantener la *Völgemeinschaft* es problematizando las evidencias socioestatales. Este mundo de referencia entra en conflicto con el producido desde el orden central.

(17) A. GURRUTXAGA: *El Código Nacionalista Vasco durante el Franquismo*. Anthropos, Barcelona, 1985.

La conclusión a la que llego es que «el nacionalismo ha sido pieza fundamental en el desarrollo de la sociedad moderna. El nacionalismo ha sido un modo efectivo de acción colectiva en diversidad de situaciones sociales, efectiva tanto en el logro de los fines deseados en las reclamaciones hechas en nombre de la colectividad y también efectiva en generar reacciones en contra de la colectividad» (18).

2. LA CONTINUIDAD DEL FENOMENO NACIONALISTA

No parece haber dudas sobre la extendida idea de que el orden moderno que se apoya en una economía industrial más o menos desarrollada, en una interpretación científico-racional del mundo y en una política burocratizada personificada en el Estado nacional, hizo su aparición en Europa Occidental en la segunda mitad del siglo XVIII. Acompañando a esta configuración del nuevo mundo surgieron varias manifestaciones y diversas tipologías de nacionalismo. El caso francés lo citamos con profusión, pero no fue ni el único ni el primero; Estados Unidos desarrolló su particular revolución antes que la francesa (19). Es verdad que no necesitó ajusticiar a ningún soberano y que el océano Atlántico marca una poderosa zona de influencia, pero no caben dudas que la unidad federal americana gestó un país donde sólo había unas colonias. Otros ejemplos característicos en los albores del siglo XVIII son el caso de Inglaterra (20) y del proceso de anglicanización que acompañó a la política de renovación nacional de Jorge III y su primer ministro Pitt.

Estos ejemplos apuntan a que el Estado Moderno (Estado-Nación) y el nacionalismo son dos realidades que llevan vidas paralelas y que uno y otro se explican mutuamente. Como bien apunta J. Habermas, «el nacionalismo, tal como se desarrolló en Europa desde fines del siglo XVIII, es una forma específicamente moderna de identidad colectiva» (21).

Las olas del nacionalismo (22), tal y como expresa Tiryakian, demuestran que hay continuidad en la expresión de este movimiento. La presencia es significativa no sólo en los países de la vieja Europa, sino en prácticamente todos los procesos de descolonización e incluso en las periferias de los Estados-Nación ya constituidos.

La arqueología del nacionalismo (23) tiene una amplia tradición en la época medieval y moderna, pero la primera oleada data de principios del siglo XIX. Los casos de Grecia, Italia y Alemania son paradigmáticos. En todos estos casos, la construcción nacional supone el derrocamiento de la dominación extranjera y la

(18) E. TIRYAKIAN: «Nacionalismo, Modernidad y Sociología», en *Sociología del Nacionalismo*, Universidad del País Vasco, Leioa, 1989, pág. 143.

(19) H. ARENDT: *Sobre la Revolución*, Alianza, Madrid, 1988.

(20) T. NAIRN: *The Break up of Britain. Crisis and Neo-Nationalism*, Londres, 1987.

(21) J. HABERMAS: *Identidades Nacionales y Postnacionales*, Tecnos, Madrid, 1989, pág. 89.

(22) E. TIRYAKIAN: *op. cit.*, págs. 148-151.

(23) H. KOHN: *Historia del Nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

producción de la identidad colectiva, basada en la tradición común y en las instituciones políticas nacionales. Detrás de estos intentos se esconden las viejas aspiraciones de nacionalizar el Estado a través de la creación de un entorno económico unificado, de desarrollar una política nacional y una cultura nacional. Nacionalizar supone siempre desarrollar la conciencia histórica de pertenencia y un sentido del pasado, del presente y del futuro.

Esta primera ola tuvo mucha repercusión en el interior de los Estados nación ya constituidos. Inicialmente, las manifestaciones obedecen a criterios etnocéntricos. La metamorfosis del etnocentrismo al nacionalismo está unida al proceso de destrucción de las formas de vida tradicionales y a la afirmación política y cultural de la propia diferencialidad. En casi todos los casos, se producen dos hechos; hay una crisis social amplia, amplificada por la penetración de las formas de la producción industrial, la crisis está asociada a la sensación de amenaza sobre la lengua y sobre las culturas locales. Este proceso, si bien cuestionó la tradición, es el que posibilitó la aparición de las clases urbanas que son las encargadas de dar el salto del etnocentrismo al nacionalismo. En su origen, se afirman desde el renacimiento literario y desde el lingüístico intentando proteger la sociedad tradicional de la avalancha modernizadora.

Las diversas oleadas resultan especialmente importantes para el Imperio Austro-Húngaro, sobre todo entre sus minorías eslavas y en el Imperio Otomano entre los pueblos no turcos, árabes y cristianos.

La primera guerra mundial y el establecimiento de la Liga de Naciones, pusieron el punto paradójico de este proceso ambiguo como pocos, porque si la institucionalización del derecho de autodeterminación elevó la reivindicación nacional al rango de derecho natural; también es verdad que la expansión de la forma Estado-nacional se hizo a expensas de la autonomía de otras minorías. El mapa resultante de la suma de estos procesos es engañoso porque si bien se resolvieron algunos problemas, otros quedaron bloqueados sobre todo en las colonias y protectorados.

Otra segunda gran oleada empezó a «desarrollarse en el período de entreguerras en las mismas unidades que se habían incorporado a los nuevos imperios» (24). Esta reacción fue asociada a los países dependiente o colonizados. La respuesta es la formación de un Estado-nación autónomo a partir de una colonia. En unos casos, este objetivo se pudo alcanzar a través de complejos procesos políticos de intercambio de influencia sin recurrir a la violencia armada, en otros casos, las guerras internas tuvieron un destacado papel (Indochina, Argelia, Angola, etc.). Esta expresión que, en realidad, fue el proceso de descolonización, si bien está casi completa continúa definiendo el presente de muchos Estados llegados a la independencia nacional después de muchos años de colonización europea o norteamericana. En muchos casos, la imposibilidad de nacionalizar el Estado y de producir la conciencia nacional cuestiona la peculiar forma de organización política que la metrópoli im-

(24) E. TIRYAKIAN: *op. cit.*, pág. 149.

plantó, de hecho al poder colonizador le ha sucedido la inestabilidad política, cuando no la guerra civil o las dictaduras militares. Parece que en muchos casos (Sudán, Chad, Nigeria, etc.), el nacionalismo como evidencia social está por construir.

La tercera ola se desarrolló en los años sesenta en los Estados centrales y ya constituidos, se trata de movimientos que nacen en y contra los Estados fuertes. Es verdad que existen antecedentes (País Vasco, Cataluña, Galicia, Bretaña, Occitania, País de Gales, Escocia, Quebec, etc.) pero también que es en estas décadas es donde presenciamos el resurgimiento de estas expresiones. Las causas son diversas (25), aunque las más citadas son: la fase de expansión económica, por lo que supone de los cambios profundos en la situación social de las minorías. En unos casos (zonas agrarias) las consecuencias son la proletarización para unos y la inmigración para otros. Los territorios con estructura industrial se ven favorecidos y reproducen, ampliándolo, el modelo de desarrollo económico. También es significativo la entrada en la historia de una generación que no vive directamente la gran guerra europea o la guerra civil española y necesita de acción para consolidar su posición. El dato más relevante es la toma en consideración de la desaparición de los signos y de los símbolos propios de las minorías. La «disolución» es interiorizada como agresión por parte de un orden social extraño, lo que hace consciente las particularidades y la necesidad de afirmación de la identidad frente a la agresión desde el Estado centralizado.

Los signos de este resurgimiento son variados; políticos, con el nacimiento de múltiples organizaciones nacionalistas (Partido Nacionalista Occitano, ETA, Embata, Unión Democrática Bretona, Frente de Liberación Bretón, etc.); culturales (grupos de teatro, campañas de alfabetización y aprendizaje de la lengua minorizada, movimientos musicales, etc.). El debate cultural tiene como eje básico la lengua. Son también los años de fuerte conflictividad social (guerra de la leche en Bretaña, Larzac en Occitania, conflictos obreros en España, etc.). Lo sorprendente, salvo en el caso de España, es la intensidad y la duración relativamente corta de estos movimientos.

Una cuarta ola tiene lugar desde finales de la década de los ochenta. Corresponde a las minorías enclavadas en el territorio del antiguo Imperio Soviético. Pero junto a este problema irresuelto emergen otras formas como el «regionalismo» de las Ligas especialmente en Italia.

El caso del Este de Europa es muy distinto. La descomposición del entramado de seguridad soviético generó que aquellas identidades contenidas por el peso político del Partido Comunista y por el enclaustramiento de la tradición, hayan percibido una nueva situación y con ella un marco donde expresar las necesidades y las aspiraciones. Bien es verdad que la inmediata proliferación de estas identidades obedecen a la existencia de la sociedad del silencio que busca en la participación en asociaciones folclóricas, literarias o lingüísticas una forma de identidad, al margen del modelo oficial. Si la identificación política con la estructura oficial es deficiente,

(25) L. QUÉRÉ: *Jeux Interdits à la Frontière*, Anthropos, Paris, 1978.

sólo queda el encuentro con la identificación étnica como el mecanismo plausible para construir la sociedad civil. Desde esta peculiar plataforma se reorganiza el sentido civil de la sociabilidad en el antiguo territorio soviético. En esta situación, se aúnan dos tipos de problemas; por una parte, el descontento estructural por las dificultades económicas, culturales, religiosas o políticas y por otra, la base étnica diferencial. La interdependencia de ambas crean la base objetiva del conflicto étnico-nacional.

3. LA RACIONALIDAD DEL NACIONALISMO

Para la mayoría de los autores que se ocupan del tema el nacionalismo aparece ligado a la modernidad y sólo las presiones de ésta explican su trascendental importancia. Voy a referirme a continuación a algunas de las teorías que más éxito han cosechado para explicar la racionalidad del nacionalismo.

La postura de Gellner demuestra el papel cohesionador que cumple el nacionalismo en las condiciones modernas (26). Este autor cree que las sociedades modernas presentan rasgos singulares; tienen una compleja división del trabajo, una técnica avanzada, la agricultura es una industria entre otras que emplea una proporción bastante pequeña de la población activa, la movilidad de unas esferas productivas a otras es un bien en sí mismo. Esta sociedad se funda en la idea del crecimiento económico y de las mejoras económicas de toda la población. Una sociedad organizada de esta forma debe pagar el precio de la innovación permanente. La innovación supone la incesante movilidad de las ocupaciones. La capacidad de pasar de un trabajo a otro exige que los miembros de esa sociedad sean capaces de comunicarse, y requieren un grado de formación más elevado cuanto mayores expectativas tenga ese individuo.

Todo esto impone, por una parte, la necesidad de extender la educación a todos los individuos y, por otra, la homogeneidad cultural. El perfil general de una sociedad moderna es el siguiente: «alfabetización, movilidad social, igualdad formal con una desigualdad puramente fluida, atomizada y con una cultura compartida, homogénea, impartida mediante la alfabetización e inculcada en la escuela» (27). En este ambiente la cultura, la lengua que aprende en la escuela y que puede ser empleada en un trabajo, es el bien más perseguido y más necesario, en cuanto permite acceder a la ciudadanía plena y a la participación pública. La cultura se hace consciente, es la fuente de orgullo y de placer que hay que valorar. Se ven empujados a venerar la cultura y su acceso es el bien máspreciado.

Pero de igual forma que el ciudadano aprende su cultura nacional es imprescindible que olvide aquello que no es enseñado en la escuela. La amnesia no es un puro

(26) E. GELLNER: *Naciones y Nacionalismo*, Alianza, Madrid, 1988. *Cultura, Identidad y Política*, Gedisa, Barcelona, 1989.

(27) E. GELLNER: *Cultura, Identidad y Política*, op. cit., pág. 27.

juego social, sino un mecanismo imprescindible para imponer la modernidad. Por ello, cuando una cultura se encuentra desprovista de un caparazón político tenderá inevitablemente a dotarse de un Estado y a volver a trazar fronteras políticas para asegurar la existencia de esa organización política que protege la cultura. Como dice Gellner, la sociedad industrial «está vigorosamente empujada hacia la homogeneidad cultural dentro de cada unidad política. Cuando falta esa homogeneidad, se la puede alcanzar modificando ya las fronteras políticas, ya las fronteras culturales. Además esta forma social se caracteriza por el abierto uso de la cultura como un símbolo de persistentes unidades políticas y por el uso de esa homogeneidad, para crear un sentido de solidaridad, movilidad, continuidad, ausencia de barreras profundas dentro de las unidades políticas en cuestión (...) las civilizaciones agrarias no engendran nacionalismo; son las sociedades industriales las que lo engendran» (28).

Las sociedades industriales necesitan un marco de referencia cultural compartido y los niveles de educación que permitan identificar la cultura nacional con el Estado. Lo que aparece en la formulación de Gellner es que la imposición de la sociedad industrial nivela las diferencias culturales internas y el potencial para la reivindicación étnica queda reducido, con lo que el cumplimiento de la sociedad industrial lleva a los nacionalismos étnicos a su práctica desaparición.

Abandonando la visión cultural de Gellner, la explicación de M. Hechter (29) explica la reivindicación nacionalista desde los procesos de marginación política, social y cultural que acompañan la imposición de la modernidad. La desigual ola de modernización en el territorio estatal crea grupos arraigados y otros desarraigados. Como consecuencia del proceso inicial de modernización, cristaliza una desigual distribución de los recursos y del poder entre los dos grupos. El grupo que ocupa el centro estabiliza y monopoliza las ventajas por medio de un complejo entramado político que consolida e institucionaliza el sistema de estratificación. De esta forma, regula la adjudicación de estos roles de forma que se reservan para los miembros aquellos definidos roles de alto prestigio. A la inversa, a los individuos del grupo desarraigado se les niega el acceso a estos roles. A este sistema de estratificación se le denomina división cultural del trabajo y contribuye al desarrollo de la identificación étnica diferenciada en cada uno de los dos grupos.

El marco explicativo que propone Hechter, así como sus tesis del colonialismo interior eran atractivas para aquellos nacionalismos, que disfrutaban de una posición económica precaria. Las conclusiones de su propuesta han sido muy cuestionadas, difícilmente se pueden mantener estas tesis en aquellos casos donde las minorías ocupan puestos de privilegio en la distribución interna de la renta.

Por el contrario, la obra de A. Smith (30) pone el énfasis en el papel de la intelectualidad a la hora de forjar la necesidad de participación. Según el autor inglés,

(28) E. GELLNER: *Cultura, Identidad y Política*, op. cit., pág. 29.

(29) M. HECHTER: *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British National Development (1536-1966)*, University of California Press, Berkeley, 1975.

(30) A. SMITH: *Teorías del Nacionalismo*, Peninsula, Barcelona, 1977. *The Ethnic Revival in the*

el Estado Científico requiere un nuevo tipo de burocracia. A medida que el Estado se va consolidando, los aspirantes a formar parte de la burocracia estatal se incrementan. Como los puestos más importantes son los más deseados, los grupos dominantes los reservan para sus miembros, a expensas de cualquier otro grupo. Al percibir que son excluidos de las vías de la movilidad social, los profesionales de la minoría étnica «maltratada» buscan alternativas a la estructura estatal. Partidarios como son del Estado Moderno no quieren regresar al orden tradicional pero sí tener y jugar un papel en el Estado. La justificación de la pretensión está en la etnicidad común como lazo primordial y la tradición a proteger, cuando no a inventar.

En el contexto de los países en vías de descolonización, los problemas tienen que ver con la pugna entre los sentimientos primordiales y la política civil. El problema es difícil y harto complejo. C. Geertz lo resume del siguiente: «los pueblos de los nuevos Estados están animados simultáneamente por dos poderosos motivos interdependientes; pero distintos y a menudo opuestos: el deseo de ser reconocidos como agentes responsables cuyas aspiraciones, actos, esperanzas y opiniones “cuentan” y el deseo de construir, un estado moderno, eficiente y dinámico. La primera aspiración representa una busca de identidad y la demanda de que esa identidad sea públicamente reconocida como algo importante; es la afirmación social de “ser alguien en el mundo”. La otra aspiración es práctica: es una demanda de progreso, de mejores niveles de vida, de un orden político más efectivo, de mayor justicia social y, además de todo esto, la demanda de desempeñar un papel en el escenario mayor de la política internacional, de ejercer influencia entre las naciones» (31). La tensión entre ambas fuerzas es uno de los motores en la evolución de los nuevos Estados, pero al mismo tiempo constituye uno de los mayores obstáculos que se oponen a esa evolución. Este conflicto entre sentimientos primordiales y sentimientos civiles provoca que la radicalización cuestione la estabilidad del entramado político. La opinión de Geertz es altamente clarificadora, «el descontento económico o intelectual o de clase amenaza desencadenar una revolución, pero el descontento fundado en la raza, en la lengua o en la cultura amenaza con la división y el irredentismo amenaza con rectificar los límites mismos del Estado, amenaza con una nueva definición de sus dominios. El descontento civil encuentra su vía natural de salida en la apropiación, legal o ilegal, del aparato del Estado. El descontento primordial es más profundo y se satisface menos fácilmente» (32).

Todos estos planteamientos sugieren algunos problemas. En primer lugar, es problemático correlacionar la fuerza de algunos nacionalismos con su condición económica, social, cultural o política. Si el nacionalismo surgiera como la reacción ante esas condiciones, debería ser que a más privación, mayor virulencia. Los intentos de demostrar este hecho no han tenido mucho éxito. Por otra parte, los

Modern World, Cambridge University Press, 1981. *The Ethnic Origins of Nations*, Blackwell, Nueva York, 1987.

(31) C. GEERTZ: *La Interpretación de las Culturas*, op. cit., pág. 221.

(32) C. GEERTZ: op. cit., pág. 223.

enfrentamientos suelen reducirse y perder virulencia con la redistribución de los beneficios sociales. Pese a las medidas tomadas no está claro que el objetivo se haya alcanzado. Tampoco es plausible creer que el nacionalismo es la respuesta a las condiciones alienantes de vida en la sociedad postindustrial porque su historia no data de fechas recientes y porque sociedades que no son definidas como postindustriales viven esa realidad, a veces de forma dramática. Es sugerente la propuesta de W. Douglas cuando se pregunta, «¿reconocerían los actores su propio reflejo en el espejo analítico que nosotros les ponemos enfrente?, porque (...) aunque muchos nacionalistas sin duda busquen cínicamente su propio interés y se podría argumentar que la mayoría percibe ciertos beneficios personales en el triunfo final, también es cierto que la retórica de los movimientos nacionalistas los describe como causas que exigen de sus seguidores al menos un cierto grado de altruismo» (33). El peligro que detecta Douglas es que analizamos más los cuerpos que las almas y que temas en si mismos problemáticos, se resuelven como si no tuvieran importancia.

Me parece muy pertinente la propuesta de Rokkan y Urwin de que «no hay una polaridad sencilla centro-periferia en la cultura, la política y la economía. Los problemas y la politización periféricas surgen de la incongruencia entre los roles culturales, políticos y económicos, incongruencia que existe en el continente desde que hubo Estados. Mientras que esto siga sin resolverse, la posibilidad de problemas territoriales persiste, independientemente de la formación o de la desaparición de partidos o movimientos específicos» (34).

Intentando comprender la persistencia de este fenómeno, M. Hechter (35) construye una explicación desde la concepción del nacionalismo como ejemplo de solidaridad de grupo. Las conclusiones de su estudio son clarificadoras; cree que no es la riqueza relativa del territorio quien explica el tamaño del movimiento. La base social del movimiento nacionalista está formado por personas de clase media porque éstas son más dependientes de los mercados regionales; a mayor homogeneidad étnica mayor probabilidad de que existan partidos nacionalistas. El tamaño del partido se incrementa cuanto más favorezca a los miembros del grupo étnico. Los dos mecanismos más importantes que pueden conducir mejor a este objetivo son, por una parte, la autonomía institucional del territorio y, por otra, la cesión de las prerrogativas del centro a la periferia. El control del movimiento varía mucho según los recursos disponibles; cuando éstos son escasos el movimiento está confinado a las áreas rurales; si, por el contrario, surge en las ciudades crean estructuras que hacen posible el predominio de mecanismos que ejercen el control intensivo. El

(33) W. DOUGLAS: «Crítica de las Últimas Tendencias en el Análisis del Nacionalismo», en *Sociología del Nacionalismo*, op. cit., pág. 101.

(34) ROKKAN/URWIN: *Economy, Territory. Identity Politics of West European Peripheries*. Sage Publications, Londres 1983, pág. 192.

(35) M. HECHTER: *Principles of Group Solidarity*, University California Press, Berkeley, 1978. M. HECHTER: «El Nacionalismo como Solidaridad de Grupo», en *Sociología del Nacionalismo*, op. cit. págs. 23-26.

objetivo de la soberanía territorial es sólo el fin aparente de la mayor parte de los miembros de los partidos nacionalistas; la mayoría desea consumir bienes particulares. Esto explica por qué algunos partidos nacionalistas fracasan antes de lograr la soberanía territorial. Esta ocurre en aquellos territorios donde está bloqueada la movilidad ascendente debido a la impermeabilidad de la división cultural del trabajo. Esta es debida al resultado de las políticas estatales intransigentes, de la depresión económica y de otros factores.

El modelo explicativo expuesto por W. Connor (36) es hartamente interesante. Connor cree que los miembros de las minorías étnicas manifiestan sustancialmente menos afecto por el Estado que los miembros del grupo dominante; la mayoría de las personas no perciben este asunto en términos de sí o no. Los lazos afectivos hacia el Estado coexisten con la conciencia étnica; en muchos casos cuando existe un movimiento separatista en activo, la mayoría del grupo implicado no está a favor de la secesión; hay un número importante que sí están a favor de cambios importantes en el sistema político que lleva a mayores cotas de autonomía. Los separatistas tienen apoyos en todos los estratos sociales y en todos los grupos de edad, aunque el apoyo mayor provenga, sin embargo, de los menores de treinta y cinco años con educación y con rentas por encima de la media. Los profesionales están sobrerrepresentados mientras que la falta de apoyo es más pronunciada entre los mayores de cincuenta y cinco años.

4. LAS CAUTELAS DEL NACIONALISMO

Dice M. Walzer que en el complejo mundo de hoy, los hombres y las mujeres están reafirmando la identidad local y particular, étnica, religiosa o nacional (37). Detrás de esta afirmación hay definiciones y prácticas sociales tan complejas, tan variadas y tan sutiles que hacen que seamos cautelosos. Es W. Connor (38) quien especula con que pese al sufijo *ismo*, el nacionalismo no es una ideología. El término carece de una definición unívoca (aparte de postular el principio de que la nación de cada cual es la unidad humana más importante y merece fidelidad sin flaquezas). Se acomodan a él generaciones enteras de monárquicos, de republicanos, de fascistas, de leninistas y lo que sea, a veces simultáneamente. La conclusión es que las posibles miradas (sea desde la práctica o desde la teoría) tienen un valor polisémico. Este carácter constituye la dificultad analítica que exige clarificar de qué tratamos cuando

(36) W. CONNOR: «Democracia, Etnocracia y el Estado Multinacional Moderno: Paradojas y Tensiones», en *Sociología del Nacionalismo*, *op. cit.*, págs. 11-130.

(37) M. WALZER: *El Tribalismo moderno*, Facetas, 1993.

(38) W. CONNOR: «Democracia, Etnocracia y el Estado Multinacional Moderno: Paradojas y Tensiones», en *Sociología del Nacionalismo*, Leioa, 1989.

discurrimos sobre este hecho social. Pero, a su vez, la cuestión evidencia que el término tiene múltiples significados para el mismo grupo objetivo de actores (39).

La segunda de las cautelas tiene que ver con la leyenda negra (40) que, a veces, acompaña a estas expresiones. Esta tiene dos componentes: 1) el nacionalismo es hostil y es contrario a los valores de la modernidad, o especificado de otra manera, el fenómeno es atávico y reaccionario. 2) Tiene muchos peligros para la modernidad; es subversivo y proclama valores y objetivos irracionales.

Por otra parte, el fenómeno nacionalista define el cuadro de paradojas, que no son sino el producto del reconocimiento del valor social del pasado y de la tradición, del discurso fundacional como comunidad multidimensional y de la justificación del presente por la permanencia del pasado. Es B. Anderson (41) el que expresa mejor el carácter de esta proposición cuando manifiesta las tres paradojas que la atraviesan. La primera es la modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador, frente a la antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas. La segunda es la universalidad formal de la nacionalidad como un concepto sociocultural —en el mundo moderno, todos tienen y deben «tener» una nacionalidad, así como tienen un sexo, frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas, de modo que, por definición, la nacionalidad es *sui generis*. La tercera de sus paradojas estriba en el poder «político» de los nacionalismos, frente a su pobreza y aun incoherencia filosófica. En otras palabras, al revés de lo que ocurre con la mayoría de los «ismos», el nacionalismo no ha producido jamás sus propios grandes pensadores: no hay por él un Hobbes, ni un Tocqueville, ni un Marx o un Weber. Esta «vaciedad» produce fácilmente cierta condescendencia entre los intelectuales cosmopolitas y multilingües.

Hay todavía una cuarta cautela; las explicaciones están mediatizadas por posiciones *a priori* —a favor o en contra de la doctrina central del nacionalismo— o, como indica P. Taylor (42), de la teoría del nacionalismo de los nacionalistas.

El resultado de esta mirada conduce a que algunos pensadores resalten la dificultad de aunar los sentimientos primordiales y los sentimientos civiles (43) o a que

(39) E. TIRYAKIAN: *New Nationalism of the Developed West*, 1985.

(40) E. TIRYAKIAN: *Nacionalismo, Modernidad y Sociología del Nacionalismo*, *op. cit.*

(41) B. ANDERSON: *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pág. 22.

(42) P. TAYLOR: *Geografía Política*, Ed. Trama, Madrid, 1994, pág. 184. Los puntos centrales son los siguientes: 1. El mundo se compone de un mosaico de naciones. 2. Para que haya orden y armonía en el mundo este mosaico tiene que expresarse en un sistema de Estados-nación libres. 3. Las naciones son las unidades naturales de la sociedad. 4. Las naciones tienen una homogeneidad cultural basada en una ascendencia o historia comunes. 5. Todas las naciones han de tener su propio Estado soberano para que realmente puedan expresar su cultura. 6. Todas las naciones (más que los Estados) tienen el derecho inalienable a tener un territorio u hogar nacional. 7. Todo individuo debe pertenecer a una nación. 8. Las personas han de ser ante todo leales a su nación. 9. Una persona puede ser auténticamente libre sólo gracias a la nación.

(43) C. GEERTZ: *La Interpretación de las Culturas*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1987.

el cuadro de paradojas que emergen de su estudio acepte planteamientos primordialistas e instrumentalistas (44).

Al igual que ocurre con los sentimientos [aquí la advertencia de B. Anderson (45) es pertinente] el nacionalismo toma tantas formas y aparece en tantos medios, que ni un enfoque heraclítico que lo vea maleable y sometido a flujos externos e internos o una perspectiva parmideana que lo conceptúe como fijo e inmutable, abarcan la variedad y la complejidad del nacionalismo. En general, las perspectivas no sólo plantean problemas analíticos y la confrontación sobre la certeza del paradigma interpretativo del fenómeno (46) sino que emplazan al examen prudente de las prácticas, de los discursos y de las definiciones, en la constatación de que, en muchos casos, las expresiones —aparentemente idénticas— difieren extraordinariamente. Esto me lleva a preguntarme sobre la pertinencia de las teorías que tienen pretensiones generalizantes para explicar las situaciones o las experiencias, difíciles de transplantar a otros lugares y a otros contextos socio-históricos. Los referentes nacionalistas concurren en múltiples escenarios y en infinidad de conflictos, lo que cuestiona la tesis de la pertinencia exclusiva del nacionalismo en orden a la explicación; más aún cuando, en ciertas ocasiones, el fenómeno oculta más que aclara y se obstina en reaparecer con una máscara u otra. Es aventurado evaluar las predicciones que se hacen del fenómeno, supuesto que en condiciones similares conviven tendencias encontradas (47). La relación social de conflicto entre el centro y la periferia surge de la incongruencia entre los roles culturales, los políticos y los

(44) A. D. SMITH: *Las Teorías del Nacionalismo*. Península, Barcelona, 1976, pág. 283.

(45) B. ANDERSON, en su obra *Comunidades Imaginadas*, advierte que «tendemos inconscientemente a personificar la existencia del Nacionalismo con N mayúscula —como si escribiéramos Edad con una E mayúscula— y a clasificarla luego como una ideología. Me parece que se facilitarían las cosas si tratáramos el nacionalismo en la misma categoría que el “parentesco” y la “religión”, no en la del “liberalismo” o el “fascismo”».

(46) Es muy interesante la confrontación de E. Gellner con M. Hroch. Ver E. GELLNER: *Encuentros con el Nacionalismo*. Alianza, Madrid, 1995. En ella Gellner clarifica los orígenes diferentes de las «explosiones» nacionalistas y las resume en dos grandes orientaciones: «los Estados-nación que reemplazaron a los dinásticos-religiosos en tanto que norma europea en los dos siglos posteriores a la Revolución francesa podían crecer en torno a Estados y/o altas culturas preexistentes, o podían por así decirlo desarrollar su propia cultura a partir de las tradiciones folclóricas existentes y formas después un Estado en torno a esa gran tradición normativa de nueva creación. En este último caso había que crear una consciencia y una memoria, y la exploración etnográfica (en realidad: codificación e invención) resultaba obligatoria. Pero en el primer caso, la tradición folclórica, en vez de ser dotada de memoria debía ser consignada al olvido: no se le debía conceder el don del recuerdo sino el del olvido. En consecuencia, la investigación etnográfica es relevante en algunos pero no en todos los contextos europeos de construcción nacional: en otros es igualmente importante su ausencia o al menos su irrelevancia política. El nacionalismo occidental ignora y no explota la diversidad folclórica. Con lo que las opciones son memoria creada u olvido inducido».

(47) ROKKAN y URWIN, en su obra *Economy, Territory, Identity*. Londres, 1988, han detectado ciertamente este hecho.

económicos, incongruencias que han existido desde que hubo Estados (48). Mientras que éstas no se «resuelvan», la posibilidad de que se den problemas territoriales persiste, independientemente de la emergencia o de la desaparición de movimientos sociales o de soluciones partidarias. La magnitud del problema se detecta cuando se concluye (49) que no importa el qué y el dónde, la posibilidad, cuando no la realidad de las luchas nacionales continuará mientras existan poblaciones desplazadas de sus territorios y de los procesos de toma de decisiones que ellos consideran como patrimonio propio o mientras se convierta a grupos nacionales en grupos étnicos dentro de su propia patria.

5. LA CRITICA DE LAS DOCTRINAS NACIONALISTAS

Los cambios estructurales que tienen lugar en el mundo conduce a que algunos autores cuestionen la validez del nacionalismo y de la identidad nacional. Una de las perspectivas más interesantes es la de J. Habermas (50), quien con su planteamiento de la identidad postnacional y del patriotismo constitucional abre un cauce interpretativo al hecho nacional. Otro tanto sucede con el análisis del historiador inglés Hobsbawm para quien el nacionalismo «ya no es un vector importante del desarrollo histórico» (51).

Voy a centrarme en ambos autores porque sus argumentos son una síntesis sobresaliente del cuestionamiento del hecho nacionalista.

El planteamiento de Habermas se suscita en la «disputa de los historiadores» que se inició en Alemania en 1986, pero no es menos cierto que la mayoría de estas propuestas están desgranadas en sus últimas obras y que recoge un sentido del fenómeno preocupado por los excesos históricos del fenómeno nacionalista.

Habermas reconoce que el nacionalismo, tal y como se desarrolló en Europa desde fines de siglo XVIII, es una forma específicamente moderna de identidad colectiva. Tras la disolución de las sociedades del Antiguo Régimen, los individuos quedan liberados de las tutelas tradicionales. Estos se tornan móviles y se transforman en ciudadanos, en fuerza de trabajo, en soldados y en participantes del culto escolar. En esta situación, el nacionalismo satisface la necesidad de nuevas identificaciones. El nacionalismo enlaza, según Habermas, con ideas profanas, lo que explicaría el carácter penetrante en todas las capas de la población. Por otra parte, provoca la coincidencia de la herencia común del lenguaje, de la literatura o de la

(48) M. MANN: «Los Estados-nación en Europa y en otros Continentes: Diversificación, Desarrollo, Supervivencia», *Debats*, núm. 46, diciembre 1993.

(49) Es significativa la tesis de E. TIRYAKIAN en *Nacionalismo, Modernidad y Sociología*, op. cit.

(50) J. HABERMAS: *Identidades Nacionales y Postnacionales*. Tecnos, Madrid, 1989. *La Reconstrucción del Materialismo Histórico*. Tecnos, Madrid, 1982.

(51) E.J. HOBBSAWM: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991. E. J. HOBBSAWM/T. RANGER (eds): *The invention of tradition*, Cambridge, 1983.

historia con la forma de organización que representa el Estado. Este se convierte en el máximo valor y todos los movimientos orientan la actividad política hacia la consecución de ese objetivo. Pero en la conciencia nacional anida la tensión y la paradoja; la tensión entre las orientaciones universalistas que se reconocen en el Estado de derecho y la Democracia y, por otro, el particularismo de la nación que necesita al mundo exterior para afirmarse como tal y generar la frontera simbólica que divide a unos de los otros.

La situación está cambiando, para las identidades nacionales «los imperativos de autoafirmación de las formas de vida nacionales en términos de política del poder ya no dominan simplemente la actuación del Estado constitucional democrático, sino que empiezan a encontrar también sus límites en los postulados de la universalización de la democracia y los derechos humanos» (52). De la paradoja entre lo universal y lo particular, Habermas percibe que este segundo elemento está debilitándose. Vivimos en un tiempo donde los valores universales se imponen. Para Habermas, hay procesos que indican que cambia en esta dirección. Así, si el Estado nacional es el heredero del antiguo deber de morir por la patria, la capacidad de conformar mentalidades que posee este núcleo del nacionalismo no ha resistido las evoluciones registradas en la tecnología de armamentos. Desde un punto de vista moral la negativa a servir a las armas se vuelve más fácil de justificar que su contrario. Por otra parte, los movimientos migratorios internacionales ponen delante de los ciudadanos otras formas de vida, otras tradiciones y otras razas e impulsan a los occidentales a comprender nuevas formas culturales para captar al otro y significa también la sobrepresión que obliga a relativizar las formas propias de vida y el desafío para tomar en serio el contenido universalista de la tradición. El turismo de masas ejerce gran influencia ya que mira la heterogeneidad de las formas de vida y con ello desaparecen las formas particulares de ver la identidad, ampliando la conciencia moral en dirección universalista. Las ciencias sociales e históricas, que sirven de basamento a las interpretaciones de la tradición han vuelto mayor la distancia entre las ciencias históricas y el proceso público de la tradición cultural. Así, «la falibilidad del saber y el conflicto de interpretaciones fomentan más la problematización de la ciencia histórica que la formación de identidad y la creación del sentido» (53).

A los cambios que Habermas describe hay que añadir el hecho incuestionable de que los países europeos han evolucionado tras la Segunda Guerra Mundial, de suerte que el nivel de la integración que representa el Estado nacional pierde peso e importancia. Estos países «se hallan en camino de convertirse en sociedades postnacionales» (54). Los hechos que parecen corroborar esta hipótesis son: la integración europea, las alianzas militares supranacionales, las interdependencias en la economía mundial, las migraciones motivadas por razones económicas, la pluralidad étnica de las poblaciones, la densidad de la red de comunicaciones, agudiza en todas partes la

(52) J. HABERMAS: *op. cit.*, pág. 93.

(53) J. HABERMAS: *op. cit.*, pág. 98.

(54) J. HABERMAS: *op. cit.*, pág. 117.

percepción de, y la sensibilidad para, la violación de los derechos humanos, la explotación, el hambre, la miseria, las exigencias de los movimientos nacionales de liberación, etc. Esto conduce, por un lado, «a reacciones de miedo y defensa. Pero, simultáneamente, se difunde también la conciencia de que ya no hay alternativa alguna a las orientaciones valorativas universalistas» (55).

El universalismo «choca» con los valores nacionalistas particulares, porque implica «que se relativiza la propia forma de existencia atendiendo a las pretensiones legítimas de las demás formas de vida, que se reconocen iguales derechos a los otros, a los extraños, con todas sus idiosincrasias y todo lo que en ellos nos resulta difícil de entender, que uno no se empecina en la universalización de la propia identidad, que uno no excluye y condena todo cuanto se derive de ella, que los ámbitos de tolerancia tienen que hacerse infinitamente mayores de lo que son hoy» (56).

La propuesta de Habermas consiste en la fórmula del patriotismo constitucional que es el equivalente a las identidades postnacionales universalistas. Este «patriotismo» surge cuando la cultura y la política estatal se diferencian entre sí de forma significativa. En este caso, la identificación con las formas de vida y con las tradiciones propias son recubiertas por el patriotismo que se vuelve abstracto y que no se refiere ya al todo concreto de la nación, sino a los procedimientos y a los principios abstractos. Estos principios se refieren, a su vez, a las condiciones de la convivencia y de la comunicación de formas de vida diversas, provistas de iguales derechos —tanto en el interior como hacia el exterior—. La vinculación a estos principios, que el patriotismo constitucional fomenta, se corresponden con la idea abstracta de la universalización de la democracia y de los derechos humanos.

La pretensión de Habermas disuelve los objetivos particularistas contenidos en las proclamas nacionalistas en su imprecisa formulación de principios —patriotismo de la constitución— que enlaza con la pretensión democrática de la universalización de los valores de libertad y de igualdad. El nacionalismo queda «superado» en la identidad postnacional que universaliza los valores democráticos, los absolutiza y los eleva al rango dominante por encima de los particularismos.

Si la formulación programática del filósofo alemán encuentra la razón argumental en los cambios estructurales habidos en el mundo occidental que han erosionado las tradiciones nacionales, no es menos cierto que encuentran su impulso en la tradición democrática de la ilustración europea.

La perspectiva de Hobsbawm es, en algunos extremos, coincidente con la anterior. Para el historiador inglés «a primera vista ha habido un avance triunfal en todo el mundo del «principio de nacionalidades» (57), pero no obstante, si nadie puede negar el efecto creciente de la política nacionalista o étnica, hay un aspecto importante, en el que Hobsbawm hace hincapié; hoy día el fenómeno es funcionalmente diferente del siglo XIX y comienzos del XX. Ya no es un vector importante del

(55) J. HABERMAS: *op. cit.*, pág. 117.

(56) J. HABERMAS: *op. cit.*, pág. 117.

(57) E.J. HOBSBAWM: *op. cit.*, pág. 173.

desarrollo histórico. En el mundo avanzado del siglo XIX, la construcción de las naciones es un hecho significativo de la transformación histórica; hoy, los movimientos característicos de finales del siglo XX son esencialmente negativos, o, mejor dicho, divisivos. En cierto sentido, cabe considerarlos como los sucesores y los herederos de los movimientos de las pequeñas nacionalidades dirigidos contra los Habsburgo, es decir, contra lo que se consideraban modos de organización política históricamente anticuados en nombre de un modelo de modernidad: el Estado-nación. En otro sentido, la mayoría de ellos son lo contrario: el rechazo de los modos de organización política, tanto nacional como supranacional. Una y otra vez parecen ser «reacciones de debilidad y miedo, intentos de levantar barricadas para tener a raya las fuerzas del mundo moderno» (58).

Estas reacciones tienen una explicación estructural; lo que alimenta estas reacciones defensivas, ya sea contra amenazas reales o imaginarias, es una «combinación de movimientos de población internacionales con las transformaciones socioeconómicas ultrarrápidas, fundamentales y sin precedentes que tan características son del tercer cuarto de nuestro siglo» (59).

La fuerza del nacionalismo político, en su versión étnico-lingüística, es menor de lo que aparenta. E incluso cuando alcanza los objetivos políticos, es decir, cuando forma Estados-nación territoriales e independientes, no aporta soluciones a los problemas de finales del siglo XX. Ni por razones políticas, ni por razones económicas se explica el auge de los nacionalismos. En su forma clásica (wilsoniana-leninista) la autodeterminación no ofrece soluciones para el siglo XXI. El concepto decimonónico de Estado-nación está en crisis porque está atrapado entre el supranacionalismo y el infranacionalismo. Lo que está puesto en entredicho no es la fuerza del anhelo de identidad de grupo que sienten hombres y mujeres, una de cuyas expresiones es la nacionalidad. Tampoco está en duda la fuerza de la reacción contra la centralización y la burocratización del poder estatal. Tampoco es necesario dudar sobre el hecho de que cualquier reivindicación puede alcanzar más éxito si se envuelve con una justificación nacional. Lo que está puesto en duda es «la supuesta imposibilidad de resistirse al deseo de formar Estados-nación homogéneos, así la utilidad tanto del concepto como del programa en el siglo XX» (60).

El nacionalismo, a finales del siglo XX, refleja la crisis de la vieja ideología wilsoniano-leninista, lo que lleva a que incluso nacionalismos fuertes tengan sus dudas sobre la independencia estatal y prefieran acogerse a otras fórmulas políticas.

También se detecta la crisis de la conciencia nacional en las antiguas naciones. Esa conciencia se hallaba situada en alguna parte del cuadrilátero que forman las puntas pueblo-Estado-nación-gobierno. En teoría estos cuatro elementos coinciden. La relación entre ellos se daba por sentada. Pero eso ya no parece posible en los grandes Estados-nación. Hoy el nacionalismo es históricamente menos importante.

(58) E.J. HOBBSAWM: *op. cit.*, pág. 174.

(59) E.J. HOBBSAWM: *op. cit.*, pág. 175.

(60) E.J. HOBBSAWM: *op. cit.*, pág. 192.

Ya no es el programa político incuestionable, aunque si lo fue en otras épocas. Es un factor que complica o un catalizador de otros fenómenos. Si la historia del siglo XIX se puede presentar como la historia de los principales Estados europeos; ¿hay probabilidades de que alguien escriba la historia de finales del XX y comienzos del XXI en estos términos?

La perspectiva de futuro, para Hobsbawm no deja lugar a dudas; debe escribirse de otra forma, porque ya no cabe en los límites de las naciones y los Estados-nación. Será en gran parte «supranacional e infranacional, pero incluso la infranacionalidad, se vista o no de mininacionalismo, reflejará el declive del antiguo Estado-nación como entidad capaz de funcionar. Verá los Estados-nación y las naciones o los grupos étnico-lingüísticos principalmente en relación con la nueva reestructuración supranacional del globo, retirándose ante su avance, resistiéndose o adaptándose a ella, viéndose absorbidos o dislocados por ella. Las naciones y el nacionalismo estarán presentes en esta historia, pero interpretando papeles subordinados y a menudo bastante insignificantes. Esto no quiere decir que la historia y la cultura nacionales no ocupen un puesto importante en los sistemas de educación y la vida cultural de determinados países, especialmente los más pequeños, ni que no puedan florecer localmente dentro de un marco supranacional mucho más amplio» (61).

La lectura de Hobsbawm es que la identidad, incluso la política, no tiene por qué tener una proyección nacionalitaria y tomar una forma política Estado-nación. Para Hobsbawm éstas son «necesidades» que no se pueden atender con el tradicional marco político. Este se queda obsoleto después de los cambios estructurales acaecidos en el mundo occidental.

Las críticas de Habermas y Hobsbawm tienen la virtud de sintetizar los elementos críticos que el nacionalismo suscita. Para ambos autores, ni la identidad nacional ni el Estado-nación pueden ser los objetivos destacados en la construcción del futuro político del mundo occidental. El universalismo del patriotismo de la constitución y las fórmulas políticas supranacionales se presentan como el futuro tangible.

CONCLUSION: LA REESTRUCTURACION SOCIONACIONAL

Al margen de la evolución, la historia demuestra que la nacionalización de los Estados multiétnicos es problemática y que, aunque las paradojas que el proceso plantea puedan estar dormidas, nunca desaparecen; basta la reivindicación básica para que los sentimientos primordiales «despierten» y, el conflicto, radicalmente expresado, se imponga en el escenario social. Incluso en el caso del antiguo Imperio Soviético «la reafirmación étnica se está produciendo asimismo en unas circunstancias nuevas, de hecho completamente originales, y sin precedentes históricos. La sociedad civil había sido triturada y atomizada por el centralismo bolchevique y por

(61) E.J. HOBBSAWM: *op. cit.*, pág. 196.

la fusión de toda jerarquía y la organización social —política, económica, ideológica— en una sola nomenclatura, una pirámide única. En el doloroso reanimamiento de la sociedad civil, se hizo rápidamente obvio que las asociaciones étnicas se pueden reavivar mucho más pronto y efectivamente que cualesquiera otras. Los nuevos partidos políticos tienden a ser clubes de intelectuales relativamente pequeños, en tanto que son los frentes nacionales los que rápidamente adquiere un arraigo real y persistente» (62).

Como opinaba al principio de este artículo, si el referente nacional se presenta en cualquier perspectiva y en cualquier conflicto, el futuro del nacionalismo es el de la sociedad que los sostiene. Al margen de los discursos, o de las pretensiones utópicas, el orden de seguridad europeo sigue anclado en las sociedades y en las tradiciones nacionales.

El final del Imperio Soviético exhibe la proliferación de identidades étnicas, así como las aspiraciones de muchas de ellas a crear su Estado al margen de la prudencia política (63). La liberación de los Estados de Europa Oriental de la tutela soviética desencadena múltiples conflictos nacionalistas en esta zona. Por el contrario, la reunificación alemana conduce a un debate agudo sobre el presente y el futuro de la identidad germana. En todos los casos, el problema clave es al igual que lo fuera durante el siglo XIX; el Estado-nación, las tradiciones que lo justifican y la identidad que genera.

Las perspectivas supraestatales, incluso el paradójico intento de construir la identidad europea se producen en un escenario donde la crisis económica desmonta el espacio de seguridad fundado después de la segunda gran guerra. El consenso europeo se basaba en la estabilidad laboral que tenía al pleno empleo como proyección externa del éxito del sistema económica y a la política social que atendía a las situaciones más débiles del mercado. Este entramado dependía de la capacidad del sistema económico para crecer indefinidamente y para producir riqueza material.

Los resultados de este consenso son evidentes: el incremento del nivel medio de bienestar, la estabilidad social y política, el control político de los conflictos sociales y laborales y la afirmación exterior de la plena identidad nacional.

La nueva situación en Europa cuestiona este «seguro» entramado; la internacionalización de la economía tiene consecuencias evidentes; el pleno empleo es un recuerdo del pasado, el obrero industrial pierde peso en la estructura social, el Estado social no tiene la fuerza que tuvo en su reciente historia. Estos cambios se proyectan en los diferentes sectores sociales; los sectores obreros tradicionales pierden su empleo y los jóvenes no entran en el mercado de trabajo. El sistema político se resiente porque la crítica política se transforma en la crítica de la política y del sistema clásico de representación a través de los partidos. Los fenómenos populistas,

(62) E. GELLNER: «Nacionalismo y Política en la Europa del Este», *Debats*, núm. 40, junio 1992, pág. 93.

(63) H. CARRERE D'ENCAUSE: *Auge de los Nacionalismos en la URSS*, Rialp, Barcelona, 1990.

la aparición de movimientos neofascistas y la pérdida de interés por la política son los indicadores de este fenómeno.

La búsqueda de la identidad es crítica porque las tradiciones nacionales y las definiciones étnicas disponibles están identificadas con el modelo que «expulsa» a muchos individuos de la normalidad del mercado y del sistema. Por otra parte, la identificación entre el Estado y la Nación conduce a que la crisis de uno, el Estado, genere la necesidad de crear una identidad nueva que recupere la «auténtica» tradición nacional y la lance contra el Estado democrático y su gobierno, vistos como los culpables de esta situación.

Estos fenómenos están diciendo que el fenómeno nacionalista está muy influenciado por la situación estructural. La complejidad y la capacidad para crear sentido social demuestra la dificultad de su tratamiento. Allí donde existe descontentos (económico, cultural o religioso) y una base objetiva de identidad étnica, el nacionalismo puede constituirse como expresión social y como reivindicación política. De hecho, los intentos estatales por «acabar» con esta «problemática» no han tenido éxito.

Es más factible actuar en el lado estructural del descontento (favoreciendo el crecimiento económico, reconociendo las diferencias culturales, pluralizando la vida religiosa, etc.), reformulando, a su vez, nuevos marcos de organización política que posibiliten la creación de un contrato social entre el Estado y la sociedad civil, consensuando las reglas de juego que permitan, por una parte, la expresión de la diferencialidad y, por otra, la creación de marcos de acción política donde los diversos intereses y los actores sociales puedan reproducir el pacto fundacional.

